1. Rebecca Solnit *

American Dystopia: Welcome to the 2012 Hunger Games

Traducción: María Laura Cafferata **

Entran en escena la esclavitud por deudas, la pobreza y el clima caótico.

Cuando yo era chica, desayunaba, almorzaba y cenaba libros; y el material de lectura se me agotaba todo el tiempo, así que también leía los libros de todos los demás que, como es de esperar de una niña con hermanos varones más grandes, eran de ciencia ficción. Esos libros hablaban supuestamente sobre el futuro pero siempre resultaban ser sobre temas mucho más actuales.

Causa un poco de gracia ver cómo alguno de ellos –Stranger in a Strange Land (Forastero en tierra extraña) de Robert Heinlein– reflejan su tiempo: la visión de la buena vida que muestra esa novela se asemeja muchísimo a la Mansión Playboy en su mejor momento, más la telepatía y la aparición de personas agradables. Del mismo modo, la novela de Frank Herbert, Dune, muestra las costumbres sociales de los sesenta, pero su visión de un mundo intergaláctico con yihadistas disciplinados en el desierto y la gran lucha por la sustancia que hace posible el transporte de larga distancia adquiere más relevancia hoy en día. Piensen en ese libro, los carteles del narcotráfico descubren la industria petrolera en pleno desierto.

Hoy vivimos en un mundo mucho más salvaje que el mundo representado en muchos libros de ciencia ficción de mi juventud. Mi teléfono es cincuenta y ocho veces más rápido que la computadora central más rápida de IBM en 1964 (calcula mi hermano mayor Steve) y más potente que las computadoras de la nave espacial Apolo que enviamos a la luna en 1969 (agrega mi sobrino Jason). A pesar de que nunca tuvimos las mochilas propulsoras que nos prometieron y de que los marcianos resultaron un fiasco, vivimos en una era en la que los ingenieros genéticos usan genes de medusa para crear mamíferos que brillan en la oscuridad y unos nerds en el sur de Nevada matan personas en Pakistán y Afganistán con aviones no tripulados. Si alguien de los años sesenta viajara a nuestra época actual, quedaría atónito tanto por sus maravillas como por sus horrores y sus cambios sociales profundos. Pero la ciencia ficción habla más del presente que del futuro, y hay una nueva trilogía que cuenta exactamente lo que está ocurriendo en este preciso momento.

Envían a los jóvenes al sacrificio del campo de batalla del Capital

Los juegos del hambre, el best seller adulto-juvenil de Suzanne Collins y la película taquillera, reflejan la actualidad en muchos aspectos. Para los que viven en un frasco y no saben de qué se trata: la historia se desarrolla en un futuro distópico en América del Norte, continente dividido en distritos oprimidos y espantosos, gobernados por una oligarquía decadente y opulenta que vive en el Capitolio. Con la excusa de castigar a los distritos por un levantamiento llevado a cabo setenta y cuatro años antes, pero en realidad para brindar un espectáculo circense y sanguinario al mejor estilo romano con el objetivo de intimidar y distraer al pueblo, el Capitolio solicita a cada distrito que provea dos adolescentes, o "tributos", elegidos por sorteo todos los años, para competir en las luchas de gladiadores llamadas Juegos del Hambre, juegos que se emiten por televisión en toda la nación.

* Fuente Original: http://www.tomdispatch.com/blog/175536/tomgram%3A_rebecca_solnit%2C_american_dystopia%2C_fiction_or_reality; May 1, 2012.

** E-mail: cafferata.laura@gmail.com

El hecho de que veinticuatro jóvenes luchen entre sí hasta la muerte y que un único vencedor tenga permitido sobrevivir se asemeja a la escuela secundaria –aunque no llega a ser exactamente igual –, ese campo de concentración de la angustia y la competencia en el que obligamos a encerrarse a nuestros jóvenes. Después de todo, en la vida real también hay situaciones que pueden terminar siendo mortales, como el caso del adolescente homosexual del estado de Iowa; el joven se quitó la vida hace unas semanas porque sus compañeros empezaron a burlarse de él después de que se hiciera pública su orientación sexual; eso sin mencionar la ola de suicidios de adolescentes queer, recopilada en *It Gets Better* (*Todo mejora*), el libro, la página web y la película de Dan Savage.

Pero en realidad, en este momento, la crueldad entre adolescentes dista mucho de ser lo más atroz de nuestra tierra. *Los juegos del hambre* nos lo recuerda. Lógicamente, el Capitolio de la novela es el lugar del uno por ciento de la población, una especie de amalgama de la Semana de la Moda, Versalles y la KGB/CIA. La oportuna trilogía de Collins deja en claro que ese uno por ciento, creador de un sistema en el que la crueldad está profundamente arraigada, va a tener que irse, cosa que se muestra claramente en la actitud desafiante y áspera de la heroína Katniss Everdeen –una mezcla de Annie Oakleu, Tank Girl (La Chica del Tanque) y Robin Hood–, que se resiste a quedar eliminada.

En nuestro mundo actual, el entretenimiento al estilo lucha de gladiadores y la eliminación de los jóvenes son dos cosas separadas en la mayoría de los casos (excepto en el fútbol americano, el boxeo, el hockey y otros deportes de contacto físico, que causan regularmente daño cerebral y en ocasiones incluso la muerte). En la novela, se muestra el Capitolio como un lugar brutal donde se sacrifica anualmente a veintitrés adolescentes de los distritos por año, pero ¿qué pasa en nuestro Capitolio del distrito de Columbia? Ahí se están llevando a cabo una o dos guerras por si no se habían dado cuenta.

"Faltemos al trabajo, mostrémosle el dedo del medio al Capitolio, brindemos nuestro más profundo amor y solidaridad a los jóvenes cuyas vidas estamos apostando a la ruleta, alimentemos a los hambrientos, miremos alrededor para ver lo hermoso que sigue siendo nuestro planeta, sigamos el camino de la solidaridad y del poder popular y soñemos a lo grande con otros futuros. La resistencia es una de nuestras obligaciones pero también es un placer y una manera de recuperar la esperanza perdida".

En Iraq murieron cuatro mil ochocientos ochenta y seis estadounidenses, en su mayoría jóvenes. Y si quieren contar iraquíes (sería bueno que sí quisieran), las muertes de bebés, niños, abuelas, jóvenes y demás suman un total de más de ciento seis mil, de acuerdo con los cálculos más conservadores; otros cálculos arrojan una cifra de ciento de miles de muertos. Aun tomando las cifras más bajas, se necesitarían casi cinco mil años de los Juegos del Hambre para alcanzar esa cantidad de muertes.

Además, por supuesto, hay otros miles de estadounidenses que terminaron tan gravemente heridos que da lo mismo que hubiera muerto en conflictos anteriores, pero sobreviven con daño cerebral grave, varios miembros amputados u otras mutilaciones graves. Y no nos olvidemos de los traumas y las enfermedades mentales no diagnosticadas ni tratadas o de la versión iraquí mucho más devastadora de lo mismo. Y a nadie le importa Afganistán, que tiene sus propios números nefastos y consecuencias espantosas.

Nuestra carnicería de guerra fue a gran escala, pero no tuvo una presencia significativa en la televisión; en general, la mayoría de los medios estadounidenses y el gobierno se encargaron de taparla parcialmente; censuraron las imágenes de los ataúdes que vuelven al país, los cadáveres, las víctimas civiles y todo lo que incomoda (aunque, en nuestra era de ciencia ficción, en la que los teléfonos son potenciales cámaras de video, las filtraciones fueron descomunales). La mayoría de nosotros hizo

un buen trabajo dejándose distraer por otras cosas, incluidos los realities, por supuesto. El embajador de los Estados Unidos y el jefe militar en Afganistán estaban furiosos, no por el hecho de que nuestros soldados aparecieran en fotos haciendo poses jocosas con cuerpos mutilados, sino porque *Los Angeles Times* se atrevió a publicarlas el mes pasado. Y los que hicieron ruido para dejar al desnudo a los hombrecitos detrás del trono deben enfrentar penas graves. Tal es el caso de un héroe al estilo de los Juegos del Hambre, Bradley Manning, el soldado joven y delgado que se convirtió en presunto culpable de filtrar información, quedó detenido bajo condiciones inhumanas por mucho tiempo y ahora podría recibir una condena de prisión perpetua.

El regreso de la esclavitud por deudas.

En *Los juegos del hambre*, los chicos de familias pobres aceptan tener más chances en el sorteo de su distrito –es decir, más chances de morir – a cambio de raciones adicionales de comida; en nuestros juegos, los chicos pobres se enlistan en el ejército para alimentar a sus familias y tal vez para escapar de la debacle económica. A muchos, los seducen reclutadores militares que los acechan en la escuela secundaria con promesas tan vanas como las que usa la trata de personas para reclutar mujeres pobres y jóvenes para trabajo sexual en el exterior.

Y, por otra parte, hay otra forma de esclavitud por deudas que está mucho más expandida en nuestra tierra extraña y cambiante: los préstamos estudiantiles. A los estudiantes se les dice continuamente que solo la educación universitaria les asegura un futuro decente. Después, se les dice que, para pagarla, deben endeudarse –por lo general, son números de cinco cifras, a veces incluso seis –. Y, a su vez, esas deudas tienen una reglamentación especial que les prohíbe declararse en bancarrota, pase lo que pase. En otras palabras, son préstamos que van a seguirlos durante toda la vida, eso está garantizado.

Una de mis mejores amigas se puso a llorar cuando el marido empezó a ganar suficiente para cancelar su préstamo de 45.000 dólares, diseñado para que tuviera que pagar intereses por el resto de su vida. Eso no difiere mucho de las deudas que contraían arrendatarios y trabajadores en los barrios creados por las empresas para sus empleados.

En otras palabras, estamos creando una nueva generación de esclavitud por deudas. Y el caso de mi amiga está lejos de ser el peor. Ella me contó que, a poco de iniciarse el movimiento Ocupa Wall Street, llegó alguien a Zuccotti Park, en el centro de Manhattan, con marcadores y cartones para que los participantes del movimiento anotaran allí su deuda. Lo que la impactó fue el número de ocupantes que, con poco más de veinte años, ya llevaban la carga de deudas.

De acuerdo con el sitio web del movimiento *Occupy Student Debt* (Ocupa la deuda estudiantil), hay treinta y seis millones de estadounidenses con deudas estudiantiles. Esas deudas aumentaron más de cinco veces desde 1999, lo cual genera que la carga de las deudas esté alcanzando el trillón de dólares y que los estudiantes pidan prestado 96 billones de dólares más cada año para pagar los estudios. En la actualidad, las dos terceras partes de los estudiantes universitarios están acorraladas por esa situación. Tal como afirma el analista político Malcolm Harris en la revista *N+1*:

"Desde 1978, el precio de la educación universitaria en los Estados Unidos aumentó más del novecientos por ciento, seiscientos cincuenta puntos por encima de la inflación. Para poner ese número en perspectiva: durante esos años, los precios de las viviendas, la burbuja que casi hace estallar la economía estadounidense –y más tarde la global–, aumentaron solo cincuenta puntos por encima del Índice de Precios al Consumidor. Pero… los salarios de los trabajadores con educación universitaria se

estancaron o disminuyeron, salvo los que pertenecen al inflado sector financiero. El desempleo golpeó con mucha fuerza a los recién graduados y llegó a duplicarse en el período posterior a la recesión de 2007. El resultado es que la generación más endeudada de la historia carece de un trabajo estable que le permita escapar de la deuda."

Alrededor de una tercera parte ya está en default. Lo único que se puede esperar es que esta burbuja explote en una huelga salvaje contra la deuda estudiantil y, si tenemos suerte, se genere un cambio que obligue a bajar el precio de la educación y a otorgar un jubileo de deuda.

El resto de nosotros, el noventa y nueve por ciento, debemos recordar que, cuando se trata de educación pública, la crisis está totalmente ligada al recorte drástico de las tasas impositivas –para los ricos y las corporaciones en particular – en los últimos treinta años. Nosotros nos convertimos en esclavos para que ellos consiguieran su libertad. Alcanzar una educación para escapar de la pobreza y tal vez para expandir la mente se está convirtiendo en otra forma de quedar atrapado en la pobreza para siempre. Para demasiado de nosotros, no hay escapatoria del laberinto del hambre.

Los laberintos de la pobreza.

Eso nos lleva a los más hambrientos de nuestra versión real y actual de *Los Juegos del Hambre*: los pobres. La nación más rica y poderosa que se haya visto jamás está llena de personas hambrientas. Todos lo saben y saben por qué. En esta nación vasta, abundante, productora y derrochadora de alimentos, hay una crisis de distribución, también conocida como desigualdad económica, que por fin describió con claridad y contundencia el Movimiento de Ocupación.

Uno de los espectáculos más tristes y conmovedores de los movimientos como Ocupa Oakland del año pasado fue ver cómo los campamentos se convirtieron de facto en ollas populares, ya que las personas sin hogar y los hambrientos salieron de las sombras ante la posibilidad de conseguir una comida decente. Algunos de los campamentos tenían chefs que cocinaban estupendamente bien. Tenían también clínicas médicas rudimentarias, en las que los pobres recibían la asistencia sanitaria que no consiguen en ningún otro lado.

Estamos en una nueva era de desesperación: la enorme cantidad de personas que en las últimas décadas se las arreglaba para ganarse la vida hoy ya no puede hacerlo. No hay trabajo, o los trabajos que están disponibles ofrecen salarios tan paupérrimos que apenas alcanzan para sobrevivir.

Por supuesto, tenemos un campo de batalla en el que las comidas están garantizadas y cuya población sigue creciendo. Seis millones de estadounidenses viven ahí y, con frecuencia, hay luchas de gladiadores. Ese campo de batalla se llama cárcel, y tenemos el mayor porcentaje de presos por habitante del mundo, incluso mayor que el porcentaje de detenidos en los gulags en la Unión Soviética estalinista. La mitad de los presos cumple condena por delitos relacionados con drogas, y el ochenta por ciento de ellos solo por tenencia.

Lo cual, como seguramente habrán notado, no detuvo el flujo de drogas, cuyo objetivo es apaciguar el dolor que tan hábilmente sabemos provocar acá. Deberíamos crear un índice para medir el Sufrimiento Bruto Nacional (SBN), antes de siquiera pensar en la Felicidad Bruta Nacional, índice que se mide en Bután.

Y una vez que salen de la cárcel, nuestros presos se convierten en una casta estigmatizada, incapaz como ninguna otra de sobrevivir en esta economía, llena de hambre, deudas, pobreza, desesperanza y personas etiquetadas de por vida. Como las universidades, las cárceles son industrias rentables, aunque los que lucran no son los seres humanos, que sirven de materia prima

para esas industrias. En esta época, ambos sistemas se parecen cada vez más a muchas fábricas.

A la sombra de novecientos tornados.

Pero si pensamos en todas las maneras en las que estamos condenando a los jóvenes, existe una que opaca al resto; una forma de destrucción que no afecta solo a los jóvenes estadounidenses, o a los jóvenes de la raza humana, sino a todas las especies del mundo, desde arrecifes de coral hasta renos. Estamos hablando del cambio climático, por supuesto.

Nuestro fracaso a la hora de hacer algo para solucionar ese problema nos lanzó hacia un mundo de ciencia ficción, un mundo acerca del cual Bill McKibben nos advirtió con mucha elocuencia en su libro de 2010, Eaarth (Tierra). Su planteo es que alteramos tanto el planeta en el que vivimos que bien podríamos haber aterrizado en un planeta distinto (cuyo nombre lleva una "e" de más), más turbulento y mucho menos acogedor que el que teníamos durante el hermoso período del Holoceno, ese que terminamos por destruir.

El 2 de marzo de este año, se registraron ciento sesenta tornados. Recordemos que, en abril de 2011, novecientos tornados hicieron pedazos el interior de los Estados Unidos, y este abril fue igualmente volátil. ¿Recuerdan los incendios arrasadores sin precedentes, las inundaciones catastróficas, las olas de calor, el enero extrañamente caluroso de América del Norte y otras rarezas? Esa es ciencia ficción de la más aterradora, y estamos dentro de ese terror. O, mejor dicho, sobre él; estamos parados sobre un planeta nuevo y loco que nosotros mismos creamos. Solamente en marzo de este año, en esta parte estadounidense de la Tierra, se batió quince mil veces el récord de temperaturas máximas, y todavía no llegó el verano. En un pueblo ubicado al norte del centro de Texas, la temperatura alcanzó los cuarenta y cuatro grados centígrados, ¡y en abril! ¿En qué planeta turbulento estamos viviendo?

Una pizca de esperanza: parece que, incluso en este país, muchos de nosotros por fin nos dimos cuenta de lo extraño que está el planeta que habitamos hoy en día. Tal como informó el New York Times, una nueva encuesta "refleja que la gran mayoría de los estadounidenses cree que el invierno inusualmente cálido de este año, el verano abrasador del año pasado y otros desastres climáticos fueron más graves probablemente a causa del calentamiento global. Y uno de cada dos de los encuestados dijo que el clima empeoró, en vez de mejorar, en los últimos años".

Si quieren hablar de hambre, hablemos de la inundación sin precedentes que hizo que Pakistán dejara de ser uno de los graneros del mundo para convertirse en una nación netamente importadora de alimentos, con terribles consecuencias para los pobres que se dedican a la agricultura. Hablemos de los numerosos y devastadores desastres ecológicos que se desataron en China: el suelo degradado, el agua y el aire contaminados y muchos de los sistemas a punto de colapsar. Se van a producir muchas más interrupciones en la producción de alimentos, muchísimas más, y muchas más hambrunas también.

Cuando se llega a este punto en los libros de ciencia ficción e incluso en los libros de historia, parece necesaria una revolución. La buena noticia que tengo para darles este Primero de Mayo es que la revolución está encaminada.

Revolución 2012.

El 2011 fue el año del tiempo raro, pero también fue el año de los levantamientos mundiales, y están muy lejos de haber llegado a su fin. Estallaron en Rusia, Israel, España, Grecia, Gran Bretaña, gran parte del mundo árabe, algunos lugares de África y Chile, entre otros países de América Latina (algunos de ellos empezaron las revoluciones a principios del milenio). Los levantamientos florecieron

incluso en el lugar que el resto del mundo hambriento ve como el Capitolio de elite, los Estados Unidos y en gran parte del mundo angloparlante, desde Londres hasta Nueva Zelanda.

Recuerden que la actual revolución no se parece mucho a las anteriores. Este debe de ser el aspecto más retrógrado de la muy violenta trilogía *Los juegos del hambre*: la manera en que la imaginación de la autora viaja por líneas convencionales o antiguas. En esa trilogía, la violencia es la verdadera administradora del poder, junto con la astucia; eso se ve tanto en el modo en que los adolescentes luchan por sobrevivir en la arena de gladiadores o el Capitolio como en la forma que operan ambos bandos en los conflictos entre los distritos y el Capitolio. En nuestro mundo, el Estado es muy bueno en temas de violencia y lo demuestra tanto haciendo guerras en el exterior como rociando a los jóvenes manifestantes con gas pimienta o golpeándolos con palos. Sin embargo, habrán notado que ni los iraquíes ni los afganos ni los manifestantes de los movimientos de ocupación terminaron subyugados por esos medios.

Tal como Jonathan Schell expresa con sorprendente claridad en *The Unconquerable World* (*El mundo inconquistable*), la violencia no es poder: es lo que usa el Estado cuando no encuentra otra forma de mantenernos bajo control. Además, cuando hablamos de la "no violencia" como alternativa a la violencia, estamos subestimando inevitablemente nuestro propio poder. Lamentablemente, esa frase suena como si describiera una ausencia, una amable renuncia a la acción, pero en realidad, lo que está en juego es –como lo demostraron el año pasado los manifestantes de todo el mundo – una fuerza que no hay que desestimar; así que mejor llamémosla "poder popular".

Cuando nos unimos como sociedad civil para ejercer ese poder, tiemblan los regímenes y se construye la historia. Eso no pasa instantáneamente ni exactamente como lo planeamos, pero ¿quién espera eso?

De todos modos, ese poder derrocó a muchos gobiernos, y en la actualidad, la capacidad de hacer eso es nuestra. Como señalan Erica Chenoweth y Maria Stephan en su reciente libro *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict* (*Por qué funciona la resistencia civil: La lógica estratégica del conflicto no violento*), desde 1900, las campañas basadas en el poder popular tuvieron dos veces más éxito en lograr cambios de gobiernos que las campañas violentas.

Es 1° de Mayo, se convocó a una huelga general a nivel mundial y, la semana pasada, el diminuto movimiento Ocupa Norman (de Oklahoma) anunció que la agrupación "ganó una batalla importantísima": esa ciudad está sacando todo el dinero del Bank of America para ponerlo en un banco local. La campaña Move Your Money (Mueve tu dinero), realizada en noviembre del año pasado, alentaba desde el principio a retirar el dinero de la ciudad y otras victorias silenciosas como esa podrían empezar a dar una nueva forma a nuestro panorama económico. El activismo en las calles es tan intimidante que, el próximo mes, la cumbre del G8 que en un principio se iba a hacer en Chicago, ahora se va a refugiar en Camp David.

A su vez, la semana pasada, las reuniones de los accionistas de Wells Fargo y General Electric se vieron sitiadas por activistas de los movimientos de ocupación. La reunión de Wells Fargo y las protestas se llevaron a cabo en San Francisco y, más tarde, un amigo mío, que terminó arrestado, publicó en Facebook: "Me olvidé de decir que hoy Max me dio el saludo de los Juegos del Hambre en la cárcel. Fue genial".

Así, la ficción y la realidad se fusionan en la miseria y el triunfo ya que, hoy mismo, los trabajadores de edificios de California van a hacer una huelga, y hasta los trabajadores del puente Golden Gate van a adherir a la protesta. Se están organizando marchas para el Primero de Mayo en todas partes del mundo.

Todavía vivito y coleando, el Movimiento de

Ocupación está debilitando el statu quo en muchos lugares. El 5 de mayo, una organización chica llamada 350.org, que frustró el proyecto del oleoducto Keystone XL (por ahora), va a celebrar en todo el mundo el Climate Impacts Day (el Día de los Impactos Climáticos) y planea abordar el tema de la industria petrolera en la próxima serie de acciones.

Por supuesto, eso es solamente el comienzo, y los bancos y las compañías petroleras –que representan el uno por ciento– y la corrupción de los sistemas carcelario y educativo son perfectamente capaces de presionar para volver todo para atrás. Así que necesitamos un arma más en nuestro arsenal: una imagen de lo que queremos, una imagen que describa cómo sería un mundo mejor. Los libros *Tieerra* y *Deep Economy* (*Economía profunda*) de McKibben nos ofrecen esa imagen, así como también *News From Nowhere* (*Noticias de ninguna parte*) de William Morris, incluso ciento veinte años y pico después de su publicación. Pero no vamos a obtener esa imagen de *Los juegos del hambre,* que es, a pesar de todos sus placeres emocionantes, subversivos y desagradables, pura distopía, desde que empieza hasta que termina. Sin embargo, todavía podemos obtener esa imagen de nuestro planeta, que es más extraño que la ficción.

El 1° de Mayo es un día de liberación: un día que nos pertenece y que tenemos que festejar, un día en el que tenemos que recordar quién murió y quién luchó por la causa. Es un día para unirse a los que lucharon y luchan por la liberación, para imaginarse las profundas y deliciosas posibilidades que nos podría dar la liberación.

Así que faltemos al trabajo, mostrémosle el dedo del medio al Capitolio, brindemos nuestro más profundo amor y solidaridad a los jóvenes cuyas vidas estamos apostando a la ruleta, alimentemos a los hambrientos, miremos alrededor para ver lo hermoso que sigue siendo nuestro planeta, sigamos el camino de la solidaridad y del poder popular y soñemos a lo grande con otros futuros. La resistencia es una de nuestras obligaciones pero también es un placer y una manera de recuperar la esperanza perdida